

Y los dos tiernos amantes  
 Por tanto tiempo constantes  
 En un cariñoso abrazo  
 Lid olvidaron y plazo  
 En tan ansiosos instantes.  
 Lloraban ambos al par  
 Con lágrimas de ternura,  
 Y ya próximo á llorar  
 El tío sin respirar  
 Bendecía su ventura;  
 Cuando oyeron de repente  
 De pobre instrumento el son,  
 Y entre el son de la corriente  
 Del Tajo, alegre cancion  
 Entonada diestramente.  
 DON GODOFREDO.  
 ¡Eal no excuse lo menos  
 Quien ha emprendido lo mas:

Id vuestra ruta serenos  
 Que mis caballos son buenos,  
 Y os queda un amigo atrás.  
 DOÑA LUZ.  
 ¡Cómo, señor! ¿Qué es aquesto?  
 DON GODOFREDO.  
 Todo lo tengo dispuesto.  
 Y no hay remedio mejor  
 Ni para guardar tu honor,  
 Ni para evitar su arresto.  
 DON FAVILA.  
 ¿Y el rey?  
 DON GODOFREDO.  
 Yo me quedo aquí.  
 Esposos sed ante Dios,  
 Que el rey Egica ante mí  
 Tendrá que ver que nació  
 El mas justo de los dos.

### CONCLUSION.

Estaba cercano el dia;  
 La luna en el horizonte  
 Escasa luz despedia  
 Y á largos pasos se hundia  
 Detrás del alzado monte;  
 Cuando solo y descuidado  
 En largo manto embozado  
 Despacio entraba en Toledo  
 Un hombre, que, bien mirado,  
 No era otro que Godofredo.  
 Y allá á lo léjos se vian  
 La extensa vega cruzando  
 Varios ginetes que huian,  
 Que mas se desvanecian  
 Cuanto se iban alejando.  
 Pasó Godofredo el puente,  
 Y apenas apareció  
 La aurora en el rojo oriente,  
 Firme el pié y alta la frente  
 En el alcázar entró.  
 Lo que pasó dentro de él  
 Entre el infante y Egica

Nadie en Toledo lo explica  
 Ni se halla en ningun papel.  
 Ello es que don Godofredo  
 De una hora tras el despacio,  
 Volvió á salir de palacio,  
 Y se ausentó de Toledo.  
 Y en el aire triunfador  
 Con que dicen que salia  
 Bien claramente se via  
 Que llevaba lo mejor.  
 El rey, desde su partida,  
 Presa de oculto pesar  
 Cercano estuvo á exhalar  
 A sus rigores la vida.  
 Y en cuanto esta le duró  
 Ni al duque persiguió mas  
 Ni el bello nombre jamás  
 De la princesa mentó.  
 Y aunque recias tempestades  
 Fueron á turbarles luego  
 De su retiro el sosiego  
 Y el bien de sus soledades,  
 Del rey su tío á cubierto

Ellos allá en sus estados  
 Vivieron muy bien casados,  
 Y esto es, ¡oh lector! lo cierto.  
 Y acaso en otra ocasion  
 Si tu favor me aseguras,  
 Sabrás otras aventuras,

De doña Luz, que hartas son;  
 Mas si no son de tu gusto  
 Lector las que te conté,  
 No hablemos mas, porque á fe  
 Que no me coje de susto.

FIN DE LAS LEYENDAS PRIMERA Y SEGUNDA.

## LEYENDA TERCERA.

### CAPÍTULO PRIMERO.

DE COMO UN ESPAÑOL SE ENAMORÓ DE UNA FRANCESA.

En un dia de febrero  
 Como á las tres de la tarde  
 Del rio Arlanza mirando  
 Los fugitivos cristales,  
 Y entre el camino de Francia  
 Y el rio humilde paseándose,  
 Viase á un hombre vagando  
 Por su solitaria márgen,  
 Hidalgo y rico á juzgar  
 Por su gentileza y traje.  
 En secretas reflexiones  
 Abismado y sin curarse  
 De cuanto en rededor pasaba  
 Seguía, cual si ocupasen  
 Su mente graves cuidados  
 O duelos su ánima graves.  
 Parado estaba del puente  
 Cabe los altos pilares,  
 Cuando llamó su atencion  
 Ruido y polvareda grandes  
 Que alzaban muchos ginetes  
 Por el camino adelante.

Alargó pues el hidalgo  
 Sus pasos para encontrarles,  
 Bien fuese curiosidad  
 O bien que les aguardase.  
 Salió al lindel del camino,  
 Y á la turba aproximándose  
 Peregrinos vió y juzgóles  
 Gente de noble linaje.  
 Dos damas y un caballero  
 Eran, y con antifaces  
 Traian cubierto el rostro  
 Costumbre de tiempos tales.  
 Caballos traian recios,  
 Cruces de plata, y por pajes  
 Quince ginetes armados  
 Del casco á los acicateos.  
 Llegados ante el incógnito  
 El caballero parándose  
 Dijole: Dios sea loado,  
 Buen hombre.—Y él on voz grave  
 Repuso: Loado sea  
 Por siempre, buen caminante.

—¿Por dónde voy al palacio  
Del conde Garci Fernandez?  
—¿Pensáis en él hospedaros?  
—Sí que pienso.  
—Muchas calles  
Hay que cruzar, y yo mismo  
Es mejor que os acompañe,  
Si la atención no os enoja.  
—Si ese camino lleváreis  
Para ir á vuestros quehaceres  
Consiento, y Dios os lo pague.  
—Voy también hacia palacio.  
—Entonces echad delante.  
Tomó el de á pié en este punto  
La vuelta á los arrabales,  
Y sin que hubiesen los guardias  
Ocasión de demandarle  
Sino de hacerle gran honra  
Como á ilustre personaje,  
Entró en Burgos por la puerta  
Que á Santa María cae.  
Y aquí con los peregrinos  
Que le seguían juntándose  
Conversacion introdujo  
Con palabras semejantes.  
—¿Y á donde es el derrotero?  
—A Santiago.  
—Es una imágen  
Y una iglesia milagrosas.  
¿Y de qué tierra se parten?  
—Desde Tolosa de Francia.

—De agradecer es el viaje!  
¿Es devocion ó promesa?  
—Es devocion y eso baste,  
Que habeis hecho tres preguntas  
Sin que os preguntára nadie.  
—Perdone el buen peregrino.  
—Vaya el buen guía adelante.  
Y en esto el de á pié teniéndose  
Ante un edificio grande  
Alzado en una plazuela,  
Dijo entre serio y afable.  
—Vea lo que habla el romero,  
Pues aquí es fuerza que pare  
Quien á mi palacio llega  
A demandar hospedaje.  
—¡Cómo! ¡Sois por vida mia...  
—El conde Garci Fernandez.  
—El de Castilla perdone.  
—El de Tolosa demande,  
Que anduvo el guía indiscreto  
Y hará el conde castigarle.  
Pero pié á tierra señores  
Que esta es su casa.  
Y con tales  
Palabras ayudó el conde  
A las damas á apearse;  
Y entrándose por sus puertas  
Con corteses ademanes  
Las dió el brazo en la escalera  
Sin que ellas se le esquivasen.

Como entra amor en el alma  
En verdad que no se sabe  
Pero ello es que el tiene llave  
Para abrir el corazon;  
Y una palabra, un suspiro  
Dicha ó exhalado apenas  
Son á veces las cadenas  
Con que ata nuestra razon.

Cadenas hechas de flores,  
De deseos y de antojos,  
Forjadas en unos ojos  
De pudoroso mirar,

O en unos labios de púrpura  
Que sonrien tiernamente,  
Ensayados diestramente  
En sonreir y en hablar.

¡O amor! que bien escogistes  
Aunque niño, loco y ciego  
Lugar dó esconder tu fuego  
Y tu irresistible iman!  
Porque ¿cómo recelarse  
De unos ojos inocentes,  
Y de unas indiferentes  
Palabras que al alma van?

¡Ay! poco á poco se miran  
Y se escuchan poco á poco,  
Y nace un deseo loco  
Que aunque aislado y sin valor  
Tras él otro y otros trae,  
Que ardientes y decididos  
Nos despeñan impelidos  
Por las simas del amor.

Así al conde de Castilla  
Labraba su desventura  
La peregrina hermosura  
Que en su palacio hospedó.  
Y él que esquivó los halagos  
De castellanas hermosas  
En las redes codiciosas  
De la francesa cayó.

Aspid fatal que introdujo  
El mismo conde en su seno,  
Y cuyo dulce veneno  
Bebia con avidez  
Tan ciego y desalentado  
Que cuanto mas le apuraba,  
Mas el infeliz dudaba  
Que fuese poco á su sed.

Si, porque ¿quién no le apura  
Ofrecido en rico vaso  
Que incita á beberle acaso  
Con su exquisito primor?

¿Quién fascinado no corre  
Tras unos ojos de fuego  
Que nos roban el sosiego,  
La prudencia y el valor?

Y á fe que era encantadora  
La dichosa peregrina!  
Bellísima era Argentina,  
Y de prosapia real.  
Y él que vió sus ojos cándidos  
Sin los dobleces del velo  
Creyó su azul como el cielo  
Signo de dicha inmortal.

Y vió una vez fascinado,  
Miró luego respetuoso,  
Amó despues silencioso  
Y amó con ansia despues;  
Primero dispuso fiestas,  
Luego presentes y galas,  
Y al fin de su amor en alas  
Cayó sin fuerza á sus piés.

Y una noche entre los mirtos  
Del jardin de su palacio  
Cuando á solas y despacio  
Por fortuna la encontró,  
Tomó sus manos de nieve  
Y doblando la rodilla,  
La corona de Castilla  
Loco de amor la ofreció.

Oh bellísima Argentina  
(La dijo el rendido amante)  
Desde el fortunado instante  
En que por dicha te vi,  
Mi voluntad, mi deseo  
A mas ventura no alcanza  
Que á la débil esperanza  
De tenerte junto á mí.

De noche allá en mis delirios  
Tu imágen se me parece,  
Y el alma se me estremece  
Con tan dichosa ilusion.

La luz que radia tu rostro  
Mi corazon ilumina,  
Y aun tu sombra ¡oh mi Argentina!  
Acrecienta mi pasion.

De día ansioso te busco,  
Bajo tus rejas paseo,  
Y venturoso me creo  
Si de la reja al través  
Alcanzo tu sombra errante,  
Aun sabiendo ¡vida mia!  
Que mi amorosa agonía  
Ni te imaginas, ni vés.

Creí que podria un tiempo  
Mas que mi destino fuerte  
Olvidarte ó no quererte;  
Mas neciamente creí.  
Yo te amo, si; cada día  
Que por mi existencia pasa  
Mi pasion crece sin tasa,  
Y no hallo vida sin tí.

Y pues te brinda el destino  
¡Oh bellísima francesa!  
Sé en Castilla la condesa,  
La luz de mis ojos sé.  
Y piensa que en compañía  
De quien tan fino te adora,  
Tú serás reina y señora  
Yo tu esclavo viviré.

Y así diciendo el buen conde  
Las manos la acariciaba  
Y el rostro la contemplaba  
Con amorosa ansiedad;  
Y ella inmóvil y en silencio  
Con angélica sonrisa  
Contemplábale indecisa,  
Mas confiada en verdad.

Sus manos le abandonaba  
La hermosa sin defendellas,  
Y el conde estampaba en ellas  
Sus labios con harto ardor,

Mientras la luna que huía  
Y las auras que sonaban  
Prestaban luz y armonía  
A aquella escena de amor.

Y quien sabe lo que pueden  
La solitaria frescura,  
La ilusión y la ventura  
De una noche y un jardín;  
Quien vé el empeño del conde,  
Y la paz con que ella escucha,  
El *si* con que le responde  
Imagínese por fin.

Un *si* pronunciado apenas  
Fugitivo y balbuciente,  
Pero expresivo, elocuente,  
Espontáneo, abrasador.  
Un *si* cuyo eco encantado,  
Cuyo sonido improviso  
Abrió al conde un paraíso  
De deleites y de amor.

Cayó Argentina en sus brazos,  
Dobló en su pecho la frente  
Y un beso, aunque puro ardiente  
En ella el conde posó,  
Y la niña no ofendida  
Mas cautelosa apartándose,  
De su buen padre, ausentándose  
El dulce nombre invocó.

El conde que era entendido,  
Aprovechando el momento  
A poco en el aposento  
Del huésped se hizo anunciar,  
Y allí con él encerrado  
Y de Argentina en ausencia  
La importante conferencia  
Comenzaron á entablar.

EL FRANCÉS.

Generoso castellano,  
¿Qué puedo hacer por serviros?

EL CASTELLANO.

La dicha vengo á pedir.

EL FRANCÉS.

Si está en mi mano os la doy;  
Mas decidme ¿en qué manera  
Alcanzo á vuestro destino?

EL CASTELLANO.

Oídme, buen peregrino  
Que á descifrároslo voy.

Yo os di por vuestra nobleza  
En mi palacio hospedaje,  
Y os vino á hacer homenaje,  
Cuanto en Castilla hay mejor.  
Ardió mi tierra en festejos  
Por los condes de Tolosa,  
Y solo existe una cosa  
Con que pagarme, señor.

EL FRANCÉS.

Decidla pues, que aunque sea  
La mitad de mi corona  
Mi fe desde aquí os la abona  
Para delante de Dios.

EL CASTELLANO.

Pues bien, teneis una hija  
Yo apelo á vuestra promesa  
Y quiero hacerla condesa  
Sin que lo herede de vos.

EL FRANCÉS.

¡A Argentina!

EL CASTELLANO.

Si por cierto.

Y ved que de otra manera  
Haceros cargo pudiera  
Como á huésped desleal,  
Porque yo os franqueé mi casa.  
Y os di cuanto poseía  
Y robáisme el alma mía  
Con que me pagais muy mal.

Quedó el francés á estas voces  
Sombrio y meditabundo,  
Pues que no había en el mundo  
Cosa que irle á demandar  
Que él diera de peor gana  
Ni á un conde, ni á un extranjero,  
Porque él acaso altanero  
De conde aspiró á pasar.

Mas mirando que le estaba  
 Del hospedaje obligado  
 Y que al español honrado  
 Vivía y con gran poder  
 Pensó que andaria necio  
 En negarla al castellano,  
 Que si no era un soberano,  
 Honrara harto á una mujer.

Tendió pues la mano al conde  
 Con cortesana sonrisa,  
 Y sentando por precisa  
 Y absoluta condicion  
 La voluntad de Argentina,  
 Contestó que él la otorgaba  
 Puesto que en dársela obraba  
 Conforme á su obligacion.

La boda pues, acordóse,  
 E impaciente don Garcia  
 Casóse en Santa Maria  
 Aun no trascurrido un mes;  
 Castilla y Tolosa hicieron  
 En las fiestas competencia  
 Y hubo festin y licencia  
 Muchas semanas despues.

Vino á ofrecerse rendida  
 A su nueva soberana,  
 La nobleza castellana  
 Siempre á sus condes leal;  
 Y cumpliendo el de Tolosa  
 En Santiago su promesa  
 Volvióse á tierra francesa,  
 Siendo el gozo universal.

CAPÍTULO II.

DE COMO SE LA HUBIERON LA FRANCESA Y EL ESPAÑOL.

Mas ¡ay del necio que fia      Y ¡ay de quien fia en extraños  
 En la mujer y en el viento      Que aunque halagarnos pretendan  
 Que cambian en un momento      Preciso es que al fin nos vendan  
 De rumbo y de fantasia!      O con fuerza ó con engaños!

Dos años y no cabales  
 Vivieron ambos esposos,  
 Tiernos siempre y cariñosos  
 Alegres siempre é iguales.  
 Amábala el español  
 Con tan ciega idolatria  
 Que antes que en ella creeria  
 Que hubiera mancha en el sol.  
 Y amábale la francesa  
 Con intensidad tan rara  
 Que mejor se la juzgara  
 Favorita que condesa.

No habia para él mas gloria  
 Que su amor, y en tal exceso,  
 Que cambiara por un beso  
 La mas preciada victoria.  
 No habia gusto para ella  
 Si con él no le partia,  
 Y el vulgo en fin los creia  
 Nacidos bajo una estrella.

Tambien lo creia el conde,  
 Pero al fin dió en un abismo  
 Que ¿quién por otro responde  
 Si aun duda uno de si mismo?

Vino dos años despues  
 Desde tierras de Tolosa  
 De los padres de la esposa  
 Con regalos un francés.

Para mas ostentacion  
 De la amistosa misiva  
 Vino con gran comitiva  
 De gente de estimacion.

Toda hidalga y opulenta  
 Que entre ella nobles venian  
 Que provincias mantenian  
 Con sus tropas y á su cuenta.

Trajeron mil invenciones,  
 Refinamiento elegante  
 Del lujo, heraldos delante  
 Pajes detrás y bufones.

Y en fin entre su equipaje  
 Con esplendidez extraña  
 Hasta tiendas de campaña  
 Para las siestas del viaje.  
 Cuyas cosas en Castilla

Por gente sóbria habitada  
 Tuvieron boga sobrada,  
 Rayando en la maravilla.

Tomaron de ellos los trajes  
 Por gusto de la condesa,  
 Y armáronse á la francesa  
 De bufones y de pajes.

Diéronse mútuos festejos,  
 Y fué con tanta porfia  
 Que cada cual ir queria  
 En lo liberal mas léjos.

Su ventaja al conocer  
 En caballos los de Francia  
 Abrieron con arrogancia  
 Un campo donde correr.

Con lo cual los burgaleses,  
 Gente en los combates ducha,  
 Abrieron campo á la lucha  
 De apié contra los franceses.

Bajaron de la montaña,  
 De tal fiesta á los rumores  
 los mas fuertes lidiadores  
 Que daban honor á España.

Y al fin mas pronto ó mas tarde  
 De mil diferentes modos  
 De su bizarría todos  
 Vinieron á hacer alarde.

Hubo castellanos nobles,  
 Que en cabalgar muy maestros  
 Con los franceses mas diestros  
 Ganaron apuestas dobles.

Y hubo muchos castellanos  
 Que en la lucha franca y leal  
 Se la hubieron harto mal  
 De los franceses á manos.

Pero sobre todos uno,  
 Gallardo Alcides francés  
 Luchó una vez contra tres  
 Y no le rindió ninguno.

Mozo era de sangre noble,  
 Chico de cuerpo, mas fiero,  
 Como los vientos ligero,  
 Y robusto como un roble.

Él fué siempre el vencedor,  
 Y en la liza al presentarse

Los demás no retirarse  
Era solo por honor.

Llamábase el tal, Lotario,  
Y para amorosos lances  
Nadie le iba á los alcances  
Pues rayaba en temerario.

Y aunque cortés y cumplido,  
En su fortuna fiado  
Jamás respetó sagrado  
De padre ni de marido.

Hipócrita mas que fiero,  
Con una segura táctica,  
Los medios ponía en práctica,  
Mas infalibles primero.

Iba tras de las devotas  
A las iglesias rezando;  
Con opulentas tratando  
Gastaba con manos rotas.

Donde había un padre viejo  
Idólatra del honor,  
Por la palabra menor  
El duelo era su consejo.

Donde familia pacífica,  
Via que aunque retirada  
De oro y de bienes sobrada  
Le recibía magnífica.

Él, con gravedad enfática  
Cada visita que hacía,  
Por lo grave parecía  
Una misión diplomática.

Y por fin de astucia extrema  
Dotado, el refrán usaba  
Que á cada paso encajaba,  
*Cada loco con su tema.*

Con esto y con ser al par  
Gran músico, no hubo dama  
Que al reclamo de su fama  
No le viniera á admirar.

Él, de las galas francesas  
Llevaba la palma toda,  
Y él era el galán de moda  
Con las damas burgalesas.

La plática principal  
De las mas hermosas niñas,  
Eran las rondas y riñas

Del amante universal.

Y todas de sus amores,  
Anhelando ser objeto  
Disputábanse en secreto  
Sus mas mínimos favores.

Mas él de su fiel fortuna  
Audaz siguiendo las huellas  
Se olvidó de las estrellas  
Al postrarse ante la luna.

¿Que tienes paloma mia?  
Preguntaba el conde un día  
A solas á su condesa,  
¡Bien sabe Dios que me pesa  
Mirar tu melancolía!

Si tal vez por un descuido,  
Imprudente ó no advertido  
Vida mia, te ofendí,  
Perdon de hinojos te pido:  
Sino ¿que te aqueja, dí?

Comprender la causa quiero  
Del dolor que te atormenta;  
Ni esposo ni caballero  
Seré sino te prefiero  
A las cosas de mas cuenta.

No Argentina, en mi condado  
No hay objeto que me importe  
Lo que tu amor regalado;  
Dime pues ¿quién te ha enojado?  
¿Algun chisme de la corte

De alguna dama envidiosa  
O de algun necio me infama?  
¿Pudiste olvidar, hermosa  
Que tú á la par de mi esposa  
Has sido siempre mi dama?

Y cuando no hay en Castilla,  
Otra como tú tan bella,  
Que pienses me maravilla  
Que en mí tu amor amancilla,  
Ni casada ni doncella.

No por Dios, paloma mia!  
¿El conde así vendería  
El amor de su condesa?  
Que lo imagines me pesa  
Mas que tu melancolía.

Tal dijo el conde á su esposa,  
Mas no logró una respuesta  
Que pusiera manifiesta  
A sus ojos la verdad.  
Pasó un día y otro día,  
Y á su mismo afán tornando  
Volvió á porfiar, quedando  
En la misma oscuridad.

Tornábala el pobre esposo  
Con la candidez de un niño  
A ponderar su cariño  
Con minucioso placer.  
Llamábala con los nombres  
Mas sentidos y halagüeños,  
*Sol, arcángel de sus sueños...*  
Cuanto halaga á una mujer.

Y tomando entre sus manos  
Su peregrina cabeza  
Contemplaba su belleza  
Con alegría infantil:  
Y estático en sus hechizos  
El purísimo reflejo  
De sus ojos le era espejo  
De su sonrisa pueril.

Besaba su frente pálida,  
Sus párpados transparentes  
Y sus mejillas ardientes,  
Y sus labios de coral,  
Y los rizos olorosos  
De su flotante cabello  
Suspendidos por el cuello  
En complicada espiral.

Y él triste de cualquier modo  
Y aun á su costa quisiera  
Una sonrisa ligera  
De sus labios arrancar;  
Mas era empeño insensato!  
El embozo impertinente  
Con que nublaba la frente  
No pudo nunca apartar.

Él, que como amante, ciego  
Por falso cristal veía  
Capricho amante creía  
Lo que era abierto desden,  
Y aguardaba á cada instante  
La explicacion de un misterio  
Que le robaba el imperio  
En el alma de su bien.

Que mas que advertido a ante  
Juzgaba el mal de Argentina,  
Hijo de duda mezquina  
En su inalterable amor,  
Y en la pureza fiado  
De su tranquila conciencia  
Aguardaba con paciencia  
Que saliera de su error.

Ella de continuo tétrica,  
Los sitios mas solitarios  
Elegía por santuarios  
De su secreto pesar;  
Y se la vía en la noche  
Cual sombra que arrastra el viento  
A solas con paso lento  
Por los jardines vagar.

A veces cabe una fuente  
Reclinada largas horas  
De las corrientes sonoras  
Adormida con el son,  
Sollozaba tristemente  
Las secretas agonías  
Que envenenaban sus dias,  
Royéndola el corazon.

A veces del pardo muro  
Perdida en la sombra oscura,  
O entre la hojosa espesura  
De la parra y del rosal,  
Parecía que con alguien  
Conversacion entablaba  
Aunque qué y con quién hablaba  
Se comprendía muy mal.

Y el rumor de estos misterios  
Entre el vulgo propagado,  
Por el vulgo interpretado  
Con ruin malicia vulgar  
A mil fábulas audaces  
Crédito asaz infundia,  
Y á cada punto crecía  
En la chusma popular.

Porque de antiguo Castilla  
Ya escarmentada de extraños  
Imagina siempre engaños  
De la extranjera doblez;  
Y luego (decía el pueblo)  
Por mas que nació condesa  
Siendo al cabo una francesa  
No hay que fiarse pardiez!

El conde en tanto creía  
Que la memoria de Francia  
Con el tiempo y la distancia  
Aviada sin sentir,  
Y la vista de sus gentes  
Y el recuerdo de su lengua  
A las manías presentes  
La pudieron conducir

Y en su bien solo afanado  
La aseguró que acabada  
Una contienda empeñada  
Con el árabe Almanzor,  
Darian vuelta á Tolosa  
Donde pronto espantaria  
Su oculta melancolia,  
Devoliéndole su amor.

Partióse pues el buen conde  
Contra Almanzor á campaña  
Y fué con tan justa saña,

Que aun humeando del moro  
Con la sangre harta de afrenta  
Su campo feraz ostenta  
Santisteban de Gormáz.

Que en aquel día glorioso  
Para el honor de Castilla  
Ni quedó ginete en silla,  
Ni peon quedó de pié.  
Allí cayeron á impulso  
De las lanzas castellanás  
Las falanjes africanas  
Enemigas de la fe.

Y aun vienen alguna noche  
Los lobos en turba hambrienta  
A hozar la tierra sangrienta  
Regada ocho siglos há ;  
Y aun pasan los calvos buitres  
Sobre el valle en banda espesa  
Avarientos de la presa  
Reducida á polvo ya.

Gloriosa fué la jornada!  
Mas ¡ay pobre don García!  
Él solo lloró aquel día  
La gloria que á España dió.  
Mas le valiera mil veces  
Caer en Gormáz con honra  
Que cargar con la deshonra  
Con que Burgos le acogió.

Sí, pasó bajo sus puertas  
Al doblar de los tambores  
Con mas aplausos y honores  
De los que él soñó jamás;  
Pero llegó á su palacio  
Y al entrar por sus dinteles  
Sus merecidos laureles  
Maldijo, y su sér quizás.

Las puertas vió de su alcázar  
Para recibirle abiertas,  
Mas nadie salió á sus puertas  
Para darle el parabien.  
Y los siervos y las damas  
Que dejó en él, en su ausencia  
Esquivaron su presencia  
Cual de su gloria en desden.

En vano se entró iracundo  
Por sus puertas adelante  
Llamando con voz pujante  
A su gente desleal ;  
Solo el eco que en las bóvedas  
Cóncavas se guarecía  
A sus voces respondía  
Con lamento funeral.

Rabioso decia—«¿dónde  
Mi servidumbre se encuentra?»  
Y el eco decia:—*entra*,  
Y entraba el conde en furor.  
Decía con voz doliente:  
«¿Qué es de mi esposa querida?»  
Y el eco decia:—*ida*  
Con acento de dolor.

Y el triste Garci Fernandez  
De sus amigos cercado  
Su alcázar abandonado  
Pisando medroso vá.  
Y su ánima vigorosa  
De una sospecha asaltada  
En su pecho arrinconada  
Ni aun esperanza le dá.

Volvió á los suyos y díjoles:  
«¿No hay quien me dé una respuesta?»  
Y el eco repitió:—*esta*  
Y él mirando en derredor  
«¿Quién, gritó, en mi casa propia  
Me mofa con arrogancia?»  
Y el eco retumbó:—*Francia*  
Por el largo corredor.

Lanzóse por él el conde  
Por un instinto guiado,  
Cruzó el corredor aislado  
Y al oratorio llegó:  
Abrió la puerta con ímpetu  
Y al tender dentro los ojos  
En torno al altar de hinojos  
A sus siervos encontró.



¿Qué es esto? dijo asombrado  
El infeliz don García  
¿Pensabais pues que vendría  
Mi palacio á conquistar?  
¿Porqué os acogeis al templo?  
¿Qué es esto, gente menguada?  
Pero la turba callada  
Ni aun la vista osaba alzar.

Hasta que entrándose el conde  
En la mansion religiosa,  
Y el semblante de su esposa  
No alcanzando á ver allí  
Asió con ira del cuello  
Al que topó mas cercano  
Y con la daga en la mano,  
Le dijo iracundo así:

¿A dónde está la condesa?  
Di ó mueres tras mi demanda.  
Y el eco murmuró: —*anda*;  
Porque la turba calló.  
Hablad por Dios, dijo el conde;  
Vuestro dolor ¿qué me arguye?  
¿Dó esta mi Argentina? —*huye*  
El eco sordo gimió.

Rompió en sollozos la gente  
Y humillada y temerosa  
Dobló la faz vergonzosa  
Con la tierra hasta tocar;  
Y entendiendo don García  
Todo el valor de su duelo,  
Los ojos puso en el cielo  
Gimió... y los tornó á bajar.

En vano por consolarle,  
Sus amigos se afanaron,  
Sus pueblos le victorearon,  
Y la gloria le aduló;  
El se encerró en su aposento  
Y en soledad noche y día,  
La razon y la porfia  
Igualmente desoyó.

Al hacerle reflexiones,  
Amigos, fieles y viejos  
«No necesito consejos  
Respondió, sé como obrar.»  
Y aunque adusto y cabizbajo,  
Bien en su faz se veía  
Que algo resuelto tenia.  
Imposible de mudar.

### CAPÍTULO III.

EN QUE SE CUENTA MALAMENTE UNA AVENTURA  
DIGNA DE SER MEJOR CONTADA.

De un montecillo extraviado  
Sobre la empinada loma,  
Como escondida atalaya  
Puesto entre Francia y Borgoña  
Hubo segun un cronista  
Allá en edades remotas  
Un castillo inhabitado  
De manos francesas obra.  
Pertenece en los tiempos  
A que alcanza nuestra historia,  
A un segundo pendenciero  
De familia poderosa.  
De modo que en su recinto  
Roido por la carcoma,  
No habia mas que un alcaide  
Con guardia holgazana y poca.  
Y como donde hechos faltan  
Fábulas del vulgo sobran,  
De él relataban mil cuentos  
Los pueblos á la redonda.  
Todo invenciones acaso,  
Mas siempre lo falso apoya  
Alguna verdad oculta  
Entre mentiras de monta.  
Y es así que no hay castillo  
Ruinoso, ni ermita sola  
Donde mil negras visiones  
Crédulo el vulgo no esconda;  
Mas no hay una de esas fábulas  
Imposibles y espantosas